

Para Ana Fernández Poncela

Es tarde y llueve, siempre llueve en esta triste ciudad. El gris cemento que durante el día cubrió nuestras cabezas ahora se ha tornado negro. No se puede ver nada por encima de la amarillenta luz de las farolas, y a su alrededor las rápidas chispas de la lluvia brillan. Los coches levantan una cortina a su paso y en los semáforos los limpias danzan caóticamente frente al hastío de sus ocupantes.

El bullicio que todo lo llenaba a media tarde ahora apenas representa un par de almas que buscan refugiarse en sus hogares apretando el paso junto al edificio. Solo una permanece inmóvil. Mientras espero en la fría marquesina a que un autobús me devuelva al calor conocido de mi casa, observo los movimientos del bulto que se intenta acomodar en los escalones de un comercio. Paradójicamente una de esas tiendas de diseño que prefieren no mostrar el precio de sus artículos en los escaparates por puro pudor. Bajo las últimas novedades de la firma, en el iluminado escaparate yace alguien entre cajas de cartón luchando para no perder su temperatura.

El tiempo va pasando y mi autobús no llega. El humo de mi cigarro se mezcla con el de los coches que pasan raudos a su destino. En el frío banco de la marquesina, me acurruco como el bulto pero quizás es el sitio más incómodo donde mi burgués trasero se ha sentado.

Frente a mis ojos pasa una rápida y ruidosa mancha roja que me podría haber devuelto a mi casa. Reacciono, me levanto e intento perseguir aquel autobús que se aleja entre la lluvia. Mi anteúltima oportunidad. Quizás si corro llegaré antes que él a la próxima parada. Vano esfuerzo.

Ahora soy yo quien aprieta el paso y se pega a la fachada para no mojarse más. Tras el paseo llego a la siguiente parada, con el pelo empapado, los zapatos inundados y la cara helada por el frío y la lluvia. Me vuelvo a acomodar en el banco de esta nueva parada y me dispongo a esperar.

Otro nuevo bulto, como el anterior pero este móvil, cruza por delante de mí. Con mil capas de ropa superpuesta terminada en un viejo abrigo impermeable que casi le llega a los pies. El abrigo, antaño azul, tiene los bajos negros del roce con la humedad del suelo. El bulto arrastra penosamente el cartón de embalaje de un frigorífico y un raído carrito de la compra adornado con tela de cuadros escoceses. En ese carro no entraría ni mi compra semanal, pienso.

Se sienta en el mismo banco, a metro y medio escaso de mí.

Temblorosamente busco un cigarro en el bolsillo para hacer algo y parecer normal. Saco el paquete y nada, vacío. Arrugo el paquete y lo lanzo con furia contra una papelera, en la que, evidentemente, no entra. Apoyo mis codos en las rodillas y me caliento el rostro con las manos.

Repentinamente una sucia mano con un cigarrillo se cruza ante mis ojos.

- ¿Quiere? - Dijo una ronca voz de mujer

Miro al bulto y por fin veo una cara. Sucia, arrugada, y encogida. Y dos ojos verdes. Muchos matarían por tener unos ojos como aquellos, es lo que tiene la genética, que reparte caprichosamente entre quien tiene y quien no.

- ¿Qué si quiere uno? - Repitió

El cigarrillo, blanco, brillaba como una joya en aquellas sucias manos.

- Gracias

Lo tomo y enciendo. Mientras ella, hurga en una vieja pitillera sacando otro cigarrillo ya medio consumido. Quizás uno que guardó para mejor oportunidad, quizás una colilla que despreció alguien. Me recuerda a mi madre que guardaba los bombones para las visitas. Ahora mi cigarro, sabe a hospitalidad y sacrificio.

- Mala noche. ¿Eh? (me sorprende mi propia voz)

- Si, y las que vendrán, que solo estamos en Diciembre. Aquí por lo menos no nos mojamos mucho.

El humo de nuestros cigarrillos se entremezcla en el aire, el humo no entiende de clases sociales.

- ¿Cómo se llama? (vuelvo a sorprenderme)

- Vivola. A mi madre le gustaba mucho la literatura y me puso el nombre de un personaje de novela. Una mujer de éxito... No tuvo mucho tino al elegir mi nombre.

- La vida da muchas vueltas unos días estás arriba y otros... (Ni yo me creo mi filosofía barata)

- Si, pero más bajo no se puede caer. La calle es lo mas bajo.

- Pero nos unifica a todos, a usted y a mí.

- Pero usted solo la pisa, en cuanto puede sube a la suya tras pisar la mía. Yo también tuve una sabe? No siempre he vivido así. Tuve una casa, familia, trabajo, amigos... Pero poco a poco me abandonaron. Todos me abandonaron... Mi sombra es lo único que no me ha abandonado.

Ahora si, al final de la calle veo mi autobús, él ultimo. Me incorporo y busco el bono de la cartera. La miro, desdoblado sus cartones. Extraigo un billete y lo dejo sobre el banco. No es mucho. Más o menos lo que habría sido el taxi hasta mi casa.

- No lo haga, no necesito su limosna

- Pero yo si necesitaba su cigarrillo.

- Perdone, no sé su nombre.

- Pedro, Pedro Valdivia. A mi madre también le gustaba la literatura.

Ella sonrío y extiende sus cartones sobre la parte de banco que yo ocupaba, sin tocar el billete que yo dejé en el banco.